

Noticias de su aventura humana y espiritual

Francisca Bussa nació en Roma, en el barrio de Parione, uno de los más céntricos de la ciudad, en 1384 y fue bautizada en la iglesia de Santa Inés de Plaza Navona. Su padre pertenecía a la nobleza de la ciudad y formaba parte del grupo que fue marginado en 1398, cuando el papa Bonifacio IX reafirmó su propio poder político en la urbe. Niña despierta, devota y poco amante de los juegos y entretenimientos de su ciudad, Francisca, que, según parece, ya había mostrado su deseo de consagrarse a Dios, fue prometida en matrimonio con apenas doce años a Lorenzo de Ponziani, descendiente de una rica familia de mercaderes de grano y de ganado, que residía en el Trastevere. El matrimonio no deseado provocó en la joven una violenta reacción nerviosa, que se tradujo en una misteriosa enfermedad que hizo temer por su vida y que llevó a sus desesperados padres a recurrir a las artes de una curandera. Sin embargo la joven se opuso rotundamente a ser tratada con esas curas, siendo reconfortada con una visión de san Alejo que la tranquilizó anunciándole paz interior y salud física.

Sin embargo, pudo encontrar consuelo en la nueva casa adonde tuvo que trasladarse con su cuñada, Vannoza, mujer devota y sensible, que a su tiempo moriría en olor de santidad. Las dos cuñadas buscaron de este modo transformar su rica casa del Trastevere en un lugar de acogida para todos los necesitados. Los numerosos testimonios recogidos durante el proceso que fue instruido inmediatamente después de su muerte (1440) nos ofrecen un vivo cuadro en el que su «santidad de lo cotidiano» se explica en todos sus detalles. Así es como surgió el retrato de una mujer preparada para llevar la casa, buena administradora doméstica. A pesar de tener que dirigir a una numerosa servidumbre, ocuparse del marido

-que durante las tardes la distraía de la oración para agobiarla con sus problemas de mercados y negocios familiares-, cuidar de los hijos (de los que conocemos a tres, aunque sólo uno llegó a edad adulta), Francisca consiguió dedicar parte de su jornada a Dios. Incansable, preparaba comida y medicamentos para los enfermos de los diferentes hospitales de Roma, especialmente para el de Santa Maria in Cappella, fundado por los mismos Ponziani, y acudía diariamente a atender a los enfermos, creciendo su fama en la ciudad. Pero Francisca se distinguía de sus contemporáneas también por la modestia en su modo de vestir y por su aversión a las «vanas ostentaciones»: en definitiva, aparecía como una mujer que escuchaba las predicaciones de hombres como Bernardino de Siena, por las plazas, contra el lujo femenino. Francisca, por su parte, vestía siempre de oscuro, evitaba los vestidos de seda y no llevaba ni joyas ni otros adornos superfluos.

Francisca no se limitaba a vivir según la enseñanza de Cristo y de su Iglesia, sino que deseaba convertir a quienes tenía a su alrededor, en primer lugar a amigas y conocidos. Indudablemente, las exhortaciones y obras de Francisca dieron sus frutos ya que en 1425 fundó, con algunas compañeras, una comunidad femenina de oblatas, que se sometieron a la dirección espiritual de los Olivetanos de Santa Maria Nova.

(Texto de G. Barone)



ECOS DE SU SANTIDAD

ORACIÓN COLECTA

OH, Dios, que nos diste en santa Francisca Romana un modelo singular de vida conyugal y monástica, concédenos estar a tu servicio con tal perseverancia, que podamos descubrirte y seguirte en todas las circunstancias de la vida.
Por nuestro Señor Jesucristo.

PREFACIO (suplem. monástico al MR, 152)

Con el agua y la sangre derramada en la cruz adquirió la Iglesia, su esposa inmaculada, y con el Espíritu, otorgado como don de su muerte, suscita continuamente testigos de su misterio. Por eso te alabamos en la fiesta de santa Francisca Romana. Tú has hecho resplandecer en ella las virtudes de esposa y madre; en su oblación la has consagrado con todos tus dones; en la fidelidad a la santa Regla iluminas nuestro caminar hacia Cristo

ELOGIO DE BENEDICTO XVI

En estos días he experimentado una vez más cuán indispensables son el silencio y la oración. Y he pensado también en *santa Francisca Romana*, en su entrega total a Dios y al prójimo, de la que brotó la experiencia de vida comunitaria aquí, en Tor de' Specchi. Contemplación y acción, oración y servicio de caridad, ideal monástico y compromiso social: todo esto encontró aquí un «laboratorio» lleno de frutos, en estrecho contacto con los monjes Olivetanos de Santa María Nova. Pero el verdadero motor de cuanto se ha realizado aquí a lo largo del tiempo ha sido el corazón de Francisca, en el que el Espíritu Santo derramó sus dones espirituales y a la vez suscitó numerosas iniciativas de bien. Vuestro monasterio, además, tiene una peculiaridad, que refleja naturalmente el carisma de santa Francisca Romana. Aquí se vive un singular equilibrio entre vida religiosa y vida laical, entre vida en el mundo y fuera del mundo.

(9 de marzo de 2009)